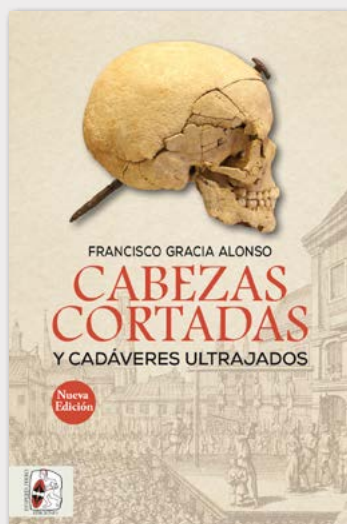


Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados

Un macabro viaje al corazón de las tinieblas del alma humana es lo que nos propone el Prof. Francisco Gracia Alonso en este sorprendente libro que estudia el fenómeno de la decapitación, mutilación y expolio del cadáver del enemigo caído a lo largo de la historia.



29-3-2019 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados*, de [Francisco Gracia Alonso](#), catedrático de Prehistoria de la Universidad de Barcelona y especialista en Historia Militar de la Antigüedad.

Las cabezas cortadas, la mutilación del cadáver del enemigo y la captura de trofeos macabros no es un fenómeno que, por desgracia, podamos acotar en el tiempo, arrojándolo a momentos pretéritos y más oscuros que nuestro siglo XXI. Al contrario, se trata de un comportamiento, a menudo ritual, que aparece casi ubicuo a lo largo de la Historia, y en sociedades muy diversas, desde la antigua Asiria al actual Irak, desde esos celtas que guardaban con mimo cráneos embalsamados a las calaveras de soldados japoneses que los norteamericanos atesoraban durante la Segunda Guerra Mundial, de los sacrificios humanos de las culturas mesoamericanas al código samurái, de las pirámides de cabezas timúridas a las abominables matanzas de los narcos en México o del ISIS en estos tiempos que nos ha tocado vivir. El profesor Francisco Gracia Alonso, catedrático de Prehistoria en la Universidad de Barcelona y autor de libros como *Furor Barbari. Celtas y germanos contra Roma*, *La guerra en la Protohistoria* o *El tesoro del Vita: la protección y el expolio del patrimonio histórico arqueológico durante la Guerra Civil*, se vale de las fuentes, del análisis antropológico y de la arqueología del conflicto para abordar en *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados* una faceta tétrica del comportamiento humano, pero que no por ello dejó de estar muchas veces normalizada, como es la profanación del cadáver del enemigo caído. Un estudio de este fenómeno desde sus diversos parámetros culturales, religiosos y éticos que permiten intentar explicarlo, inserto en discursos de poder y de memoria, de escarnio del vencido y de ejercicio del terror, en un recorrido diacrónico que nos asoma al rostro más negro de la psique humana, allí donde laten con violencia las pulsiones de Tánatos.

El libro estará **disponible el viernes 29 de marzo**.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que, en apenas dos años, han visto la luz una quincena de títulos entre los que destacan obras de referencia como *Ciudades del Mundo Antiguo*, de Jean Claude Golvin, *La guerra en Grecia y Roma*, de Peter Connolly o *Choque de titanes. La victoria del Ejército Rojo sobre Hitler*, de David Glantz, de próxima aparición (catálogo completo [aquí](#)). De esta forma, lo que comenzó como un modelo de autoempleo se ha convertido en un motor de generación de puestos de trabajo ya que, en la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



Sobre el autor



Francisco Gracia Alonso (Barcelona, 1960) es catedrático de Prehistoria de la Universidad de Barcelona y director del Grup de Recerca en Arqueologia Protohistòrica (GRAP). Sus líneas de investigación se centran en la Protohistoria de la península ibérica, la historiografía de la Arqueología, la guerra en el mundo antiguo y el patrimonio histórico-arqueológico en tiempos de guerra.

Es autor de más de 200 trabajos de investigación entre libros, artículos, ponencias y comunicaciones en reuniones científicas, entre sus últimos libros destacan: *Luis Pericot García. Un prehistoriador entre dos épocas* (2017); *L'assentament de la primera Edat del ferro de Sant Jaume (Alcanar, Montsià)* (2016, con D. García y I. Moreno); *La colección chipriota del Museo de Montserrat* (2016, con J. Uriach y M. T. Magadán); *Pensar la Universitat. Escrits de Pere Bosch Gimpera* (2015); *El tesoro del Vita. La protección y el expolio del patrimonio histórico-arqueológico durante la Guerra Civil* (2014, con G. Munilla); *Arqueologia i política. La gestió de Martín Almagro Basch al capdavant del Museu Arqueològic Provincial de Barcelona (1939-1962)* (2012) y *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio* (2011).

Se ha dicho sobre el libro

“Pasa uno las 350 páginas del libro, erudito, detalladísimo, fascinante, muy ameno e inevitablemente despertador de morbo, tragando saliva y tratando en lo posible de mantener la cabeza (!) fría para seguir el hilo científico de la argumentación. Cuánta gente ha perdido la testa: Varo, Cicerón, Ana Bolena, Maria Antonieta, el general Moragues...”

Jacinto Antón, *El País*

“El catedrático de Prehistoria de la Universidad de Barcelona, Francisco Gracia Alonso se ha adentrado en esas temidas prácticas y ha realizado un recorrido desde las prehistoria hasta hoy en su reciente libro *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados*.”

David Yagüe, *20 Minutos*

“Una completa obra en la que este catedrático de Prehistoria por la Universidad de Barcelona analiza la importancia de estas prácticas desde la época de los egipcios, hasta la actualidad (pues, a día de hoy, los narcotraficantes todavía recurren a ellas en América Latina para aterrorizar a sus enemigos).”

Manuel P. Villatoro, *ABC*

“Hablamos de cabezas cortadas. [...] Muy en el fondo –o no tanto– el horror destila como una degustación morbosa. Admítase esto sin rubor. Este doble apetito es lo que nos procura el presente apéndice sobre la barbarie humana (oxímoron aparte), escrita y compendiada por Francisco Gracia Alonso, catedrático de Prehistoria en la Universidad de Barcelona.”

Javier González-Cotta, *Diario de Sevilla*

Índice

Introducción

- Capítulo 1.** Arqueología del conflicto y concepto de violencia
- Capítulo 2.** La profanación del cuerpo del vencido
- Capítulo 3.** La memoria del triunfo
- Capítulo 4.** El análisis antropológico de las cabezas cortadas. Borneo, Melanesia y América del Sur
- Capítulo 5.** Egipto y Mesopotamia. El terror como arma en la formación de los Imperios
- Capítulo 6.** Violencia y exterminio en La Biblia. Un referente cultural e ideológico
- Capítulo 7.** Grecia y Roma. Violencia y política en los albores de la civilización occidental
- Capítulo 8.** La visión de los *bárbaros*. Cabezas cortadas y rituales guerreros en el mundo celta
- Capítulo 9.** Celtíberos e iberos. Sociedades guerreras en la protohistoria de la península ibérica
- Capítulo 10.** La Edad Media. Religión y choque de culturas
- Capítulo 11.** La exaltación de la violencia. Los siglos XVI-XVIII. De los sacrificios humanos en las culturas mesoamericanas al código de los samurái
- Capítulo 12.** El siglo XIX. Revolución, colonialismo e indigenismo
- Capítulo 13.** De la Primera Guerra Mundial a los conflictos regionales. La globalización de la violencia en el siglo XX
- Capítulo 14.** El terror en el siglo XXI. Del ISIS al narcotráfico en América Latina

Epílogo

Bibliografía

Introducción: “¡Que le corten la cabeza!”

La destrucción física de un ser humano por otro empleando para ello los métodos más crueles como expresión o canalización no sólo de una ira momentánea, sino de toda una serie de presupuestos ideológicos que focalizan en el ultraje del cuerpo del «otro» todas las frustraciones y odios acumulados por cuestiones de carácter social, político o económico. A las que deben sumarse las estrictamente ideológicas derivadas de las creencias religiosas o de las teorías sobre la superioridad racial, por citar tan sólo algunas debido a que las causas de la violencia son plurales, interrelacionadas y cambiantes en el espacio geográfico y en el tiempo, es una constante. Aunque algunas de ellas, como las citadas en último lugar, permanezcan siempre en la base de los estallidos sociales y los conflictos bélicos, la violencia extrema contra el cuerpo es un mecanismo de respuesta psicológico difícil de comprender desde los parámetros dominantes en el pensamiento contemporáneo. Sin embargo, la conducta de los ejércitos occidentales durante la Segunda Guerra Mundial, o de los soldados estadounidenses en la cárcel de Abu Ghraib disfrutando del mezquino poder que se ha concedido a unos individuos sobre otros, muestra que la degeneración no solo es posible, sino que con los incentivos adecuados puede desencadenarse en muy poco tiempo, el necesario para que los ejecutores sean conscientes de su impunidad.

El tránsito del individuo formado en una serie de valores o códigos de conducta, con independencia de países y épocas, a integrante de una masa que derivó en turba y era capaz de los mayores excesos, o ejecutor de las más diversas e imaginativas atrocidades, es un proceso muy interesante que no se explica por concepciones culturales concretas, sino por reacciones primarias universales vinculadas con los sentimientos de superioridad y el ejercicio del poder. Se trata, además, de una reacción que, en algunas ocasiones, se puede interpretar como instintiva y descontrolada, pero que en la mayoría es el resultado de una propuesta ideológica concreta y de una fría planificación orientada a la eliminación física del enemigo o genocida de comunidades. Así, durante la Revolución francesa, quienes contemplaban a diario las carretas de la muerte que ofrendaban su tributo a la guillotina en el patíbulo, se alegraron de las ejecuciones de Luis XVI y, más adelante, de las de Danton y Camille Desmoulins –a los que se consideraba moderados– así como, en un espacio de pocos meses, de las de Maximilien Robespierre y sus fieles, cambiando en el caso de los dos últimos el modo en que eran percibidos, pues pasaron de líderes de la revolución a traidores. No se trataba, por tanto, de una expresión política, sino de una desenfrenada venganza de clase, similar a las ejercidas por los reyes ingleses durante la Edad Media o por los miembros del segundo triunvirato para asegurarse el poder en Roma. El espectáculo de la muerte por la muerte, el traspaso de odios y frustraciones a otro ser humano, la adrenalina motivada por el hecho de que mientras «el otro» muere y se le priva de su futuro, quien observa permanece y dispone de un elemento por el que quien va a ser ajusticiado hubiera renunciado a todo aquello que le confería un lugar preeminente en el sistema social: continuar con vida. Observar una ejecución durante un proceso revolucionario, o admirar la cabeza de un vencido aportada como trofeo de guerra es un ejercicio de poder, un sistema de cohesión social por cuanto al considerarse miembros de la colectividad que lo ejecuta o que ha obtenido la victoria aunque no se le pueda atribuir en persona, el individuo se siente integrante del proceso que ha desembocado en la guerra o la ejecución, y apoya la naturaleza de dichos actos por muy contrarios a la concepción social que parezcan.

La decapitación y toda la serie de ultrajes que se practican con los cuerpos de las víctimas, como las mutilaciones, las emasculaciones, el descuartizamiento, la extirpación de órganos internos, la quema y el desollamiento, sin olvidar en algunos casos el canibalismo ritual, tienen además un componente ideológico que sobrepasa el concepto específico de la muerte. Buscan la humillación, el quebranto de la memoria de los actos del individuo muerto mediante su degradación pública cuando se trata de personas conocidas o destacadas en sus estructuras sociales, o el ejercicio del terror cuando los asesinatos son innecesarios o masivos y se ejercen de forma indiscriminada no para obtener un beneficio o ventaja respecto del cuerpo social al que pertenecen las víctimas, sino sobre aquellos con los que todavía no se ha entrado en contacto pero sobre los que se obtiene así un ascendiente que facilitará la conquista o el dominio político en el futuro. La decapitación, ya sea mediante hacha, espada o guillotina, era deshonrosa por cuanto suponía el desmembramiento del cuerpo, concepto que tenía repercusión en la realización de los rituales funerarios en aplicación de los diferentes sistemas de creencias en las estructuras sociales. Esta mutilación, por lo general, se acompañaba de la exposición pública de la cabeza y, en ocasiones, del cadáver

completo, o bien de sus miembros, repartidos por diversas ciudades de un reino o un estado como prueba de muerte y del poder de quien ha ejercido tal acción en contra de otra persona. El ritual de empalar la cabeza del ajusticiado o caído en combate y exhibirla en el extremo de una pica o lanza mientras se paseaba entre las tropas, a la vista del ejército enemigo, o simplemente dispuesta en un lugar de paso en el interior de las ciudades como recordatorio de lo acontecido e intimidación para el futuro, es universal y atemporal. Se trata, por supuesto, de la expresión de una victoria considerada definitiva o de un cambio social que se estima irreversible, puesto que cuando la cabeza de Luis XVI fue enseñada a la multitud tras su ejecución en 1793, pocos podían pensar que su hermano se sentaría en el trono veintiún años después como Luis XVIII.

Los romanos calificaban como bárbaras a las tribus celtas que llevaban a cabo cacerías de cabezas y las preservaban para su posterior exposición como uno de los principales trofeos que podía poseer un guerrero. Sin embargo, olvidaban que Sila y Cayo Mario se refocilaban, en ocasiones con lascivia, ante la visión de las cabezas de sus enemigos que les eran aportadas como pruebas de su muerte; que César hizo presentar las cabezas de sus soldados ajusticiados o de los ciudadanos romanos muertos en batalla en el bando pompeyano tanto en Roma como en Munda; y, que el número de casos en los que un personaje público era linchado, decapitado y su cuerpo entregado a la plebe para que lo ultrajara y despedazara, tanto durante la República como en el Imperio, es extensísimo. Los asirios y los hebreos practicaban el asesinato masivo de poblaciones como forma de asegurar el control político y religioso de las ciudades y reinos que conquistaban; además, recurrían a la exposición pública de los cadáveres a través del empalamiento en diversas modalidades, sistema en el que los valaquiios al final de la Edad Media, se convertirán en expertos imbatibles; los asirios y los egipcios contarán las cabezas –y, en algunos casos, los penes– de los vencidos para establecer una macabra estadística de la magnitud de los triunfos alcanzados por sus monarcas; los cristianos y los musulmanes emplearán, sin complejos, los recursos de la guerra psicológica o de terror, pues, con la ayuda de máquinas de guerra, enviarán al interior de las ciudades asediadas, ya sea Nicea, Antioquía, Mallorca o Barcelona, las testas de los prisioneros ejecutados; las estructuras políticas y territoriales en la América prehispánica expondrán las de los enemigos sacrificados, al igual que diversas tribus de Indonesia, Papúa Nueva Guinea y las islas del Pacífico Sur, del mismo modo que los soldados estadounidenses coleccionarán cráneos de japoneses como adorno, recuerdo y regalo de guerra para familiares y amigos durante la Segunda Guerra Mundial; para los guerreros escitas del siglo V a. C. las cabelleras constituirán un preciado trofeo de guerra, así como para las tribus de nativos americanos desde el siglo XVII, según una costumbre aprendida e incentivada por los colonos europeos desde el establecimiento de los primeros enclaves y asentamientos en el este de Norteamérica, y por las autoridades mexicanas en el sudoeste.



Cráneos perforados n.ºs MAC-Ullastret 3613 y 3615, procedentes del silo 146, en el sector de la muralla del istmo del poblado del Puig de Sant Andreu (Ullastret). Expuestos de manera ritual, su amortización se fija a finales del siglo III a.C. Imagen: MAC-Ullastret.

Guerra primitiva. Solo en cronología

Las primeras muestras del ultraje de cadáveres mediante la práctica del canibalismo corresponden al Paleolítico medio y superior en Krapina (Croacia), la cueva de l'Hortus (Francia) y Trinchera Dolina (Atapuerca, Burgos) entre otros. Se ha interpretado que la fragmentación de huesos o el corte longitudinal de los mismos para facilitar la extracción y consumición del tuétano, se puede vincular, por ejemplo, a dos tipos de prácticas: la alimentaria según la cual el cadáver de alguien próximo se consideraba un recurso comestible más, o bien, y lo que es más probable, que se tratase de un canibalismo o antropofagia ritual en el que el consumo de la carne y de la sangre de un individuo se relacionase con ideas complejas como la asunción de sus conocimientos y su fuerza física, el traspaso de poderes y la representatividad en el seno del grupo a través de la ingesta del ancestro, y la propia pervivencia de la memoria y encarnación de la afectividad mediante la misma. Un tipo de acciones censurables si se examinan desde un punto de vista presentista de los hechos, pero que debe analizarse en paralelo con el hecho de que el canibalismo se conjuga con las primeras muestras de sepulturas conocidas, por lo que debe atribuirse a dichos grupos una complejidad en las primeras definiciones de los conceptos ideológicos del ciclo muerte-resurrección y la comprensión de la necesidad de preservar los cadáveres, así como honrar a dichos individuos y lo que representan a través de las ofrendas.

La primera gran fosa común, datada hacia el 5000 a. C., fue excavada entre 1983 y 1984 en Talheim (Heilborn, Alemania). Incluía los restos de treinta y cuatro personas (18 adultos y 16 niños) muertos de forma violenta y arrojados a su interior sin ningún tipo de orden, por lo que los cuerpos se localizaron entrelazados. Es probable que se trate del resultado de una guerra –o de una expedición de saqueo– entre dos comunidades o estructuras sociales pertenecientes a la cultura de la cerámica de bandas. Los análisis paleoantropológicos determinaron que los golpes mortales se habían producido a la altura de la nuca y el cráneo, y por la espalda. Por tanto, los individuos que los recibieron estaban huyendo de sus agresores, quienes, conscientes de su preponderancia, apenas emplearon armas arrojadas pues las heridas por punta de flecha eran minoritarias y existían, además, pruebas de que el primer objetivo de los golpes de los asesinos fueron las cabezas de las víctimas, aunque también se han identificado otro tipo de lesiones que indicaría que sufrieron apaleamientos. No se trata del único caso ya que en las intervenciones en el poblado de Asparn-Schletz (Austria), cuya cronología es similar a Talheim, se identificaron partes de cuerpos pertenecientes a sesenta y siete personas en un foso, cuyos cadáveres habrían sido abandonados a la acción de los carroñeros tras la matanza. De nuevo, los golpes en la cabeza constituyen la causa más repetida de muerte por cuanto en treinta y nueve de los cuarenta cráneos que han podido ser estudiados, se concluye que la muerte es consecuencia de una persecución o una ejecución. De la misma etapa cultural de la cerámica de bandas, la cueva de Jungfernhöle (Tiefenellern, Alemania), añade elementos significativos respecto al tratamiento de los cadáveres. Se localizaron cuarenta y un individuos de los que quince eran adultos, en su mayoría mujeres, y veintiséis adolescentes y niños. Este conjunto ya de por sí constituye una selección de los ejecutados por edad y sexo, y podría corresponder a la captura y posterior ejecución realizada por un grupo itinerante; el hecho significativo en este caso es el ultraje realizado a los cadáveres *post mortem*, ya que se les fracturaron las extremidades de forma intencionada. Los huesos se encuentran mezclados con los restos de la fauna, lo que apunta a la práctica de la antropofagia, por otra parte identificada también en Fontbrégoua (Francia) y en Fronhofen (Alemania). Lo más complejo aquí es interpretar si se trata de un canibalismo meramente alimenticio o, lo que es más probable, ritual y, en este último caso, cuál sería la motivación que llevaría a la ingesta de los individuos más débiles de una estructura social: las especulaciones varían desde una crisis alimentaria a la absorción de los componentes ideológicos que se focalizasen en el segmento de individuos indicado.

Los faraones cuentan cabezas, manos y falos

En Egipto, la constatación de la importancia de la victoria alcanzada por un rey y del valor individual de los guerreros se realizaba a través de la mutilación de los cadáveres y el recuento de las manos y falos amputados a los vencidos; esto los privaba, tanto en el presente como en la vida de ultratumba, de la posibilidad de protegerse al no poder sostener las armas, así como de perpetuarse como estructura familiar y social mediante la procreación. La costumbre de decapitar a los prisioneros y amputarles el miembro aparece ya reflejada en la Paleta de Narmer, fechada hacia el 3100 durante el periodo protodinástico y descubierta por James E. Quibell y Frederick W. Green en las excavaciones del Templo de Horus en Nekhen, Hieracópolis, en el transcurso de la campaña de 1897-1898. En dicha pieza, interpretada como el reflejo del proceso de unificación, o bien como la representación de una victoria sobre las tribus nómadas del desierto libio, aparecen alineadas dos filas de cadáveres de prisioneros atados con los brazos a la espalda a la altura del codo, que han sido decapitados y cuya cabeza está colocada entre sus piernas, es muy probable que durante una ceremonia de presentación de cautivos, en la que se llevaban a cabo ejecuciones con carácter ejemplarizante y la exposición posterior de los cuerpos. Todos ellos, con una excepción, también habían sido castrados y sus falos depositados sobre las cabezas.

Los frescos de la tumba 14 de la necrópolis de Beni-Hassan, perteneciente a Jnumhotep I, un nomarca de Amenemhat I, quien reinó entre los años 1991 y 1962 a. C. durante el Imperio Medio a principios de la XII dinastía, incluye escenas de campañas militares en las que se revelan las manos amputadas de los enemigos caídos. Estas mutilaciones las realizan los soldados y arqueros que recorren lo que parece ser el campo de batalla una vez finalizado el combate, en una escena similar a la de las tropas que exploran el terreno donde se ha combatido, tras la batalla de Qadesh y la posterior ocupación de la ciudad en el segundo año de reinado de Seti I (1323-1279), a la búsqueda de trofeos tras la victoria del faraón. Esta escena se incluye en el relieve del Gran Templo de Abidos, puesto que será durante el Imperio Nuevo cuando los reyes recurran con mayor profusión a la representación iconográfica pública de sus triunfos militares, entendida como un instrumento de reafirmación del poder.

Para probar su valor, los soldados aportaban, tras la batalla, las manos de los guerreros a los que habían abatido y se las presentaban al heraldo del rey quien, una vez recibida la información, les concedía el llamado «oro del valor», premio que se otorgaba tantas veces como probaran que habían acabado con un enemigo, pero también se concedía por la captura de nobles, jefes militares o guerreros de rango sobre todo mercenarios especializados en el combate con carros de guerra, como en el caso de Amonemheb, un oficial del ejército de Tutmosis III (1450-1425 a. C.) durante sus campañas en Siria, según rezan las inscripciones de su tumba en la necrópolis de Sheij Abd el-Qurna junto a Tebas. La amputación de las manos para probar las hazañas militares se indica también en las inscripciones de Ahmose Pen-Nekhbet, quien combatió en Dayahi, Kush, Naharina Mitaniy y en la tierra de los shasu para los faraones Amosis I, Amenofis I, Tutmosis I y Tutmosis II y llegará a ostentar los cargos de guardián del sello real, jefe del tesoro y heraldo del rey, y recibirá importantes recompensas debido a su valor en batalla, pues capturó para el primero un prisionero y una mano (o diez según otros textos) durante sus campañas en Canaán; un prisionero y tres manos para el segundo en Nubia; numerosos cautivos del Kush y veintiuna manos de Naharina Mitani para el tercero, y una nutrida cantidad de prisioneros cuyo número no alcanzó a contar, de shasu, durante los combates en el Sinaí para el cuarto; y en la biografía del almirante Amosis, hijo de Ebana, que combatió durante los reinados de Amosis I, Amenhotep I y Tutmosis I a principio de la XVIII dinastía, según se explica en las inscripciones de su tumba en la necrópolis de El Kab. La mutilación de las manos se reservaba a los guerreros, por cuanto a las mujeres que acompañaban a los ejércitos, o permanecían en el interior de las ciudades durante el asedio y la expugnación, era preferible capturarlas vivas dado que podían ser asignadas como siervas a su captor [...]

El exterminio en nombre de Yahvé

La práctica del exterminio o *herem*, pese a su crueldad, se ha interpretado como la aplicación de la voluntad de Dios para asegurarse la fidelidad de sus seguidores, por lo que se concluiría que la supervivencia dependería de la total sumisión y acatamiento de sus órdenes hasta que pudieran destruirse todos los vestigios de las religiones cananeas. El relato del libro de Josué en el que se narran las condiciones más duras de la guerra, estructurado en el siglo VII a. C., a partir de unos hechos que se suponen acaecidos seiscientos años antes, sería un ejemplo, a la par que un recordatorio, de la importancia de adoptar las leyes divinas, cuya finalidad esencial no es la conmemoración o el recuerdo fehaciente y preciso, sino la obligación de reestructurar desde el punto de vista ideológico a la sociedad israelita tras las sucesivas derrotas frente a Asiria, así como de ajustarse a una serie de preceptos, necesariamente draconianos, que permitan la supervivencia de un reino situado en una posición estratégica entre estados mucho más fuertes militarmente como resultado de su demografía y organización económica.

La crítica moderna ha analizado la práctica del exterminio masivo y la violencia en el libro de Josué para intentar rebajar la trascendencia de la tesis que presenta a Yahvé como un dios vengativo y cruel, el cual alienta a la guerra santa. Para ello, aplica conceptos contemporáneos sobre el tratamiento que debe dispensarse a la población en tiempo de guerra, e incluye entre dichas interpretaciones algunas pautas de análisis influenciadas por la situación política actual en Oriente Próximo. Por ese motivo, se ha explicado el *herem* como un crimen de guerra y una muestra clara de genocidio y limpieza étnica, una idea que no solo se reafirma, sino que se toma como base de la expansión colonial y genocida desarrollada en América y África por los europeos y los colonos norteamericanos, entendiendo que las palabras de Josué incluían una oferta de integración y abandono de las creencias propias para abrazar la nueva fe. Por tanto, si se rechazaba esa oferta, la aniquilación de quienes no quisiesen abjurar de sus creencias estaba, sin duda, avalada, motivo por el que perdían cualquier derecho a sus bienes y tierras. La noción de la conquista territorial posee un segundo elemento identitario derivado del concepto del pueblo elegido (Éxodo 19, 5; y, Deuteronomio 7, 6; 14, 2; 26, 18), las referencias al «otro» según la historiografía contemporánea. La separación ideológica y física entre propios y extraños justifica la creación de una identidad nacional en la que se organicen el pensamiento y la ideología que deben servir de base para reconocer a los individuos como parte integrante de una estructura social y, por ello, les comprometa a su defensa y preservación.

[...] Aunque se ha interpretado el *herem* como el resultado de algunas consideraciones religiosas en sentido estricto, y si bien es cierto que su aplicación exacta buscaba obtener resultados esenciales como la reafirmación del poder religioso, y por tanto de la ideología, sobre la materialidad de las conquistas al obligar, en muchas ocasiones, a su destrucción, no lo es menos que la aplicación del anatema aniquilador implicaba avances de carácter territorial y político para Israel, ya que eliminaba, en el aspecto físico, no solo a los enemigos, sino que, con mucha frecuencia, impedía cualquier posibilidad de recomponer la estructura política de los vencidos al negarles, desde el punto de vista demográfico, la capacidad de sobrevivir, mediante el exterminio de los hombres y la esclavización de las mujeres y los niños. En conclusión, el *herem* constituiría el clímax de la guerra santa al dedicarle los restos materiales y personales del enemigo vencido a Yahvé. El genocidio político que incluía el asesinato de todos los no combatientes, entre los que se contaba, en ocasiones, a los neonatos, suponía la posibilidad de controlar de forma definitiva los territorios en disputa o cuya conquista acaba de completarse. No se trataba por tanto –o tan solo– de la expansión o aplicación de un pensamiento religioso, sino de la coartada ideológica para poner en práctica una política de expansión territorial de carácter genocida que estaba integrada en su totalidad en los principios básicos de la ley hebraica según se indica en el Deuteronomio, la cual, además, encajaba a la perfección con los objetivos de la guerra santa acometida por Josué en la que la dureza de la conquista y la necesidad de establecer un reino fuerte y respetado tan solo podía llevarse a cabo mediante una política de terror que incluyese destrucciones generalizadas y asesinatos masivos con el objetivo, como indica Mario Liverani, de sustituir a los habitantes del territorio por el pueblo elegido, pero sin obviar que no se trataba de una tierra yerma, sino de una fértil gracias a sus anteriores moradores, como se indica en el libro de los Números (Nm 33, 51-54) [...]

Roma, bárbaros como nosotros

En ocasiones, la exhibición de las cabezas procedentes de las ejecuciones respondía a necesidades de gobierno o buscaba asegurarse la voluntad de las tropas. Era este el caso de los cabecillas del motín que César hizo ejecutar y cuyas testas mando exponer después, clavadas en la Regia. Sin embargo, existen dos ejemplos que muestran la bajeza moral de los personajes que recibían las cabezas de sus enemigos como presentes, con independencia de su ascendente en el sistema político romano. En el primero, Valerio Máximo (Val. Máx., *Fact. dict. mem.*, IX.2.1-2) explica que Sila se hacía llevar las cabezas aún sangrantes de los enemigos a los que había hecho ejecutar «casi vivas y todavía espirantes, para comer con los ojos lo que no le estaba concedido hacer con la boca», frase interpretada como una referencia poco velada al canibalismo ritual, mientras que, en el segundo ejemplo, también según el mismo autor, Cayo Mario entró en éxtasis cuando le presentaron la cabeza de Marco Antonio, el Orador, abuelo del tribuno del mismo nombre a quien ordenó asesinar en el año 87 a. C. y cuya cabeza le trajo el pretor Publio Anneo (Val. Máx., *Fact. dict. mem.*, IX.2.2):

Sostuvo alegremente la cabeza cortada de Marco Antonio entre las manos durante un banquete. Mostrándose de tal modo intemperante en el ánimo y en las palabras que dejó contaminar la santidad de la mesa con la sangre de aquel ilustrísimo ciudadano y orador e incluso llegó a abrazar a Publio Anneo, que se la había llevado, todavía sucio por la sangre de aquella acción.

A continuación, ordenó exponer el trofeo en la tribuna de los oradores del Foro para que se supieran las causas de su muerte, pues creía que así completaba el escarnio.

Saqueos, violaciones, decapitaciones y mutilaciones. La guerra en la Europa medieval

En el ámbito territorial de la península ibérica, se repiten los conceptos del empleo de las cabezas cortadas y las mutilaciones como métodos esenciales para definir el poder y la territorialidad en función de la construcción del terror hacia el enemigo y la interiorización del miedo a partir de la práctica de la tortura, procedimientos empleados tanto en las guerras de vecindad entre reinos o estructuras políticas de menor rango en la Hispania cristiana como en las luchas intestinas de la musulmana y, por supuesto, en las sostenidas entre ambas concepciones religiosas entre los siglos VIII y XV. De ese modo, Almanzor empleará durante el asedio de Barcelona los almajaneques para lanzar al interior de la ciudad cabezas de cristianos en lugar de piedras. Indican las crónicas de la expedición de castigo (*aceifa*) que llegaron a enviar mediante dicho procedimiento hasta mil cabezas diarias por encima de los muros hasta conseguir la rendición de la ciudad, [...]

[...] Los cristianos emplearán también el lanzamiento de cabezas al interior de las fortificaciones como método para minar la moral de los defensores durante el sitio de Algeciras en el año 1343, cuando el rey Alfonso XI capturó a dos enemigos que habían salido de la ciudad para analizar las fuerzas de los sitiadores y devolvió sus cabezas al interior por dicho procedimiento, lo que provocó, como réplica, una acción similar con las cabezas de dos prisioneros cristianos. Este método también lo usará Jaime I durante el asedio a la ciudad de Mallorca, para demostrar el fracaso de la intentona de los sitiados por hacerse con el control de los pozos de agua que abastecían al ejército sitiador y que, en cierta medida, responde al relato de Guzmán el Bueno durante la defensa de Tarifa.

Revolución de sangre

En París, los cadáveres de los ajusticiados en la guillotina y de los muertos durante las sacas de las cárceles eran arrojados a fosas comunes en los cementerios de La Madeleine, Des Errancis, Sainte-Marguerite y Picpus tras ser desnudados para aprovechar sus últimas pertenencias y hacer imposible su identificación. Una de las prácticas más extendidas, convertida en icono a través de grabados políticos y satíricos, era la costumbre de enseñar a los espectadores las cabezas de los ejecutados tanto para probar la realidad del ejercicio de la pena de muerte como para mostrar, a través de la mano del verdugo, la profanación y humillación infamante del ajusticiado, un escarnio que se creía permanente al degradar a un tiempo su cuerpo y la memoria de sus actos, aunque durante el periodo de la Revolución llegó a considerarse la ejecución mediante la guillotina como una forma humanitaria de ajusticiamiento debido a su rapidez, mucho menos dolorosa que el ahorcamiento. A la ejecución, había que añadir la desesperación que sufría la víctima por un proceso judicial –cuando tenía lugar– en el que la sentencia estaba dictada de antemano y que tan solo servía para el escarnio público, la espera de la carreta del verdugo y el traslado humillante de los reos hasta el lugar de la ejecución mientras recibían vejaciones e improperios del populacho. En los sucesivos emplazamientos de la guillotina en París, las plazas de Carrousel, la Revolución, Saint Antoine y del Trono Derribado, la asistencia de público era siempre numerosa y creciente. Las ejecuciones se prolongaban a lo largo del todo el día hasta superar en algunos casos las sesenta víctimas. En consecuencia, lo que en principio debía ser un acto de aplicación de la justicia se convertía en un espectáculo en el que primaba la expresión de la venganza. Una visión que producía el embrutecimiento colectivo de los espectadores, orgullosos, felices y cómplices de la desgracia ajena, sobre todo, de las célebres *tricoteuses*.

[...] El Terror, según expondrá Jean-Lambert Tallien una vez ejecutado Robespierre el 28 de julio de 1794, era una concepción que, para ser efectiva, debía extenderse a toda la población, no solo a la nobleza o a las denominadas «clases sospechosas», sino que tenía como objetivo envilecer a toda la sociedad, la misma que según sus proclamas intentaba regenerar, para fracturar los elementos internos de cohesión social y desmoralizarla, procurando a través de ello el predominio del egoísmo personal y la supervivencia temporal antes que la búsqueda del bien colectivo como principal valor. Un concepto de aplicación del terror asumible por completo por los Imperios de la Antigüedad y el mundo grecorromano, puesto que sus prácticas se basaban en los mismos principios. No debemos olvidar que la historia de Mesopotamia, de Egipto, de Grecia y de Roma cobró un especial interés entre los intelectuales franceses durante la segunda mitad del siglo XVIII. A partir de la idea de la soberanía popular, el movimiento revolucionario francés extendió la perpetuación del odio hacia el enemigo de clase, el adversario ideológico exponente del régimen feudal y absolutista. Por ello, no se conformará con la muerte física de su oponente, en muchos casos sin más culpa que la de pertenecer a una determinada estructura o grupo social, sino que necesitará extender la violencia ejercida hacia los cadáveres de sus enemigos políticos, tanto presentes como pasados, para destruirlos, por lo que arrojará los cadáveres de Luis XVI y de muchos de los ejecutados durante las matanzas jacobinas a fosas comunes con la intención de que se perdiera su recuerdo, la memoria de su existencia tras la humillación que ya había supuesto la ejecución pública y la exhibición triunfante de sus cabezas, al aplicar la lógica de negar el futuro a través de la preservación de los cuerpos, uno de los principios ideológicos esenciales en el ciclo muerte-resurrección del cristianismo. En su afán destructor, se llegará, incluso, al extremo de rociar los cadáveres de los nobles ejecutados con cal viva, una práctica simbólica, puesto que por lo general se reservaba a los cuerpos de los individuos más pobres de la sociedad para evitar la propagación de enfermedades. Y, de la misma manera, se intentará borrar el pasado a través de la exhumación, saqueo y posterior dispersión en una fosa común, en 1793, de los restos de los reyes de Francia enterrados en la basílica de Saint-Denis de París, que serán recuperados, aunque no identificados, y trasladados por orden del rey Luis XVIII en 1817 a un osario situado en la cripta de la basílica, con la excepción de algunos de los más importantes, como la cabeza de Enrique IV, conservada como trofeo por uno de los revolucionarios y vendida en diversas ocasiones en los más de dos siglos transcurridos desde el ultraje del cuerpo, hasta su identificación y restitución a la cripta hace poco más de una década.

El enemigo no es un ser humano

Los componentes raciales tuvieron un papel determinante en la construcción de la percepción de los militares estadounidenses del soldado japonés –y por extensión de toda la población nipona– como individuos arteros, taimados, incapaces de llevar a cabo una lucha noble. Fueron los epítetos «bastardos amarillos» y «ratas» algunos de los más empleados para referirse a ellos. Se destacará en la propaganda la provocación del conflicto mediante una agresión injustificada y, ello, unido a los primeros informes sobre la brutalidad ejercida por los japoneses contra los soldados norteamericanos, como las ejecuciones por decapitación de soldados y civiles capturados en la isla de Wake en diciembre de 1941, algunas ocurridas durante el traslado de los prisioneros a Japón y después a campos de internamiento en China a bordo del buque Nitta Maru, donde cinco soldados escogidos al azar fueron decapitados en presencia de la tripulación del barco como represalia por el elevado número de soldados japoneses muertos durante el asalto a la isla. Tras la decapitación, los cuerpos fueron linchados y mutilados y arrojados por la borda. Durante la batalla de Guadalcanal, algunos marines descubrieron en los cadáveres de soldados japoneses fotografías que demostraban el trato dado a los marines que defendieron Wake y la respuesta fue inmediata. Se extendió la idea de que el enemigo no era humano, sino que había perdido dicha condición por sus actos, por tanto, se les debía considerar animales y, en consecuencia, había que tratarlos como tales. Esto ocasionó que costara mucho que los soldados estadounidenses se avinieran a tomar prisioneros cuando los japoneses se rendían, dado que la costumbre era matarlos.

El desprecio racista, unido al terror del combate en la jungla, propició la brutalización de los soldados norteamericanos, que empezaron a mutilar los cuerpos de sus enemigos y guardar las cabezas –más tarde los cráneos tras desollarlos y limpiarlos de materia blanda– para emplearlas de diversas formas, ya fuese como adorno en campamentos o en vehículos, como en el famoso caso de la cabeza expuesta sobre un tanque destruido en Guadalcanal fotografiada por Ralph Morse para la revista *Life*, e incluso en lanchas torpederas, sirviendo también las calaveras para otros fines como marcar los límites de las zonas minadas. Las calaveras se convertirán en un excelente trofeo y recuerdo de guerra, solo superado por las espadas de oficial y las banderas de mochila, hasta el punto de que personajes conocidos como el aviador Charles Lindberg explicarán, años después incluso las preferencias de los soldados norteamericanos respecto de las partes del cuerpo de sus enemigos que empleaban para diversos fines. Será tan normal y generalizado el empleo de los cráneos, que los soldados los enviarán a familiares y amigos desde el frente empleando, para ello, los servicios postales de la Marina y el Ejército. De hecho, en la portada de la revista *Life* del 22 de mayo de 1944, aparece la fotografía de la novia de un oficial mientras le escribe junto al cráneo de un soldado japonés, recibido como regalo, que además estaba decorado con la firma de los miembros de su unidad, al que ella llamó *Tojo*, y que correspondía al cumplimiento de una promesa formulada por su novio dos años atrás antes de partir al frente. La publicación de esta fotografía causó malestar en el Pentágono al ser evidente que el enemigo conocería la historia y podría tomar represalias contra los prisioneros de guerra estadounidenses. El poeta y periodista Winfield Townley Scott tras ver una de dichas piezas empleada como decoración de mesa en el periódico en el que trabajaba, escribirá un poema titulado *The US sailor with the Japanese skull*, en el que indicaba la forma de convertir una cabeza en un buen trofeo:

Con un cuchillo de pelar rebanó la mandíbula y las mejillas dejándolas desnudas / le destripó la nariz y le arrancó el pelo negro y el cuero cabelludo/ una cicatriz estaba donde los ojos muertos, los huecos pensativos / fue un trabajo sin sangre, a menos que se diga que los cerebros sangran / metió la cabeza en una red y la colgó en la popa para arrastrarla / el hueso frío estuvo muchos días y noches bajo la estela espumante / hasta acabar salada y lavada entre pescados por el Pacífico.

Decapitación y terror

En el centro de la capital del proclamado califato islámico, Raqqa, numerosas imágenes muestran a yihadistas que se fotografían en señal de triunfo y exposición de sus actos en lugares públicos ante cabezas cortadas y empaladas en verjas; junto a una serie de cabezas cortadas en las que parecen hacerse responsables de la muerte de los oponentes a las que pertenecen, o, simplemente, posando con gesto triunfal sosteniendo las cabezas en las manos, unas imágenes que entroncan directamente con las de los relieves asirios en las que los guerreros aportaban a sus jefes las pruebas de su valor en combate como paso previo a la obtención de recompensas que, en el caso presente, se vinculan con el reconocimiento tanto por el valor como por la forma de comportarse con el enemigo, ejemplificada en una fama pasajera. En múltiples casos no se trata tan solo de presentar lo que consideran un trofeo, sino de remarcar la humillación del vencido mediante el empalamiento o la degradación de los restos humanos. Una práctica que no se limita a los hombres, por cuanto se han difundido imágenes de la ejecución por degollamiento de mujeres alistadas en las milicias peshmerga kurdas y de la subsiguiente exposición de sus cabezas.

Al igual que sucedió en otros periodos de la historia, los dirigentes de Dáesh emplean las ejecuciones públicas para la formación y el adoctrinamiento ideológico de la población, en especial de los niños, que posan sonrientes sosteniendo las macabras muestras de la barbarie, en un proceso de adoctrinamiento y cohesión social interno que sobrepasa la mentalidad de los iniciales combatientes del Estado Islámico para ser rápidamente asumida por voluntarios procedentes de Australia o del Reino Unido formados, al menos teóricamente, en una concepción social muy diferente a la que sirven. Uno de los casos más significativos es el del ciudadano australiano Khaled Sharrouf, quien se unió al Estado Islámico en 2014 junto con su hijo de siete años, protagonista de algunas de las fotografías más impactantes que se conocen de la práctica de la decapitación por el Dáesh debido a la capacidad de ideologización que supone la acción de sostener un trofeo tan macabro a dicha edad. Sin embargo, el adoctrinamiento sobrepasa los ejemplos puntuales, por cuanto en los últimos vídeos de ejecuciones múltiples hechos públicos se constata la presencia como ejecutores de menores, una forma aún más sofisticadamente cruel que el empleo de niños-soldado o de niños-bomba suicidas en los conflictos entre regiones del área subsahariana. Consciente del impacto de la decapitación como herramienta propagandística, el Estado Islámico llegó a amenazar con decapitar a los líderes políticos occidentales que se les oponen, como el anterior presidente de Estados Unidos, Barack Obama, en la Casa Blanca.



Durante las guerras en el Protectorado de Marruecos, las tropas españolas llevaron a cabo decapitaciones de cadáveres de rebeldes rifeños para exponer sus cabezas.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

